

## art buchwald

### «MUERDASE LA LENGUA»

WASHINGTON.—En 1968 se dijeron muchas cosas por las que hoy están pesados los que las dijeron. Pero ya es tarde para desdecirse. ¿No está contento usted, lector, de no haber sido quien le dijo al presidente De Gaulle en mayo: "Monsieur le president: los estudiantes se han rebelado en Nanterre, pero en veinticuatro horas les tendremos controlados"; o el que dijo al alcalde John Lindsay, de Nueva York: "Mire, alcalde, ¿qué le parece si iniciáramos un programa experimental para el control local de las escuelas en el barrio de Ocean Hill, en Brooklyn? Una vez en marcha, el sindicato de maestros tendrá que apoyarnos?"

O el cardenal que le dijo a Jacqueline Kennedy: "Jackie, cácese con quien quiera que yo le arreglaré el asunto con el Vaticano".

O el consejero que recomendó a Nixon: "Si usted quiere un candidato a vicepresidente que no origine controversias, seleccione al gobernador Spiro Agnew".

O el amigo que le dijo a Rockefeller en primavera: "Si usted no participa en las elecciones primarias, tendrán que designarlo candidato presidencial republicano en la convención de Miami porque, ¿a qué otro podrían designar?"

O el consejero que le dijo a Humphrey: "Señor vicepresidente: el alcalde Daley desea que usted sepa que todo está perfectamente controlado en Chicago, y la convención demócrata será la mejor de las celebradas en nuestra ciudad".

O el que dijo a Pablo VI: "Si Su Santidad se declara contra el control de natalidad, no habrá un solo sacerdote que no le apoye".

O el hombre que le dijo al embajador en París, Sargent Schriver: "Una vez que se publique la versión de que usted será el embajador en las Naciones Unidas, Nixon tendrá que nombrarlo".

O el amigo de George Wallace que aconsejó a éste: "Si usted quiere un candidato a vicepresidente que realmente atraiga al pueblo norteamericano, no lo dude: el general Curtis LeMay".

Y no olvidemos al individuo que dijo al que iba a ser secretario del Tesoro, David Kennedy: "Si los periodistas le preguntan cuál deberá ser el precio del oro en los próximos cuatro años, dígalos exactamente lo que piensa".

Ni al funcionario del Departamento de Estado que le dijo a Dean Rusk: "Le aseguro, señor secretario, que si suspendemos los ataques aéreos contra Vietnam del Norte, Saigón se sentirá muy feliz de participar en las conversaciones de París".

Ni el que dijo a Walt Rostow: "Si usted quiere volver a su carrera de profesor, ¿por qué no pide que le reserven un cargo en el Instituto Tecnológico de Massachusetts?"

Ni al consejero económico del canciller alemán Kiesinger, quien dijo a éste: "Apostaría todo, mi vida, a que De Gaulle se verá obligado a devaluar el franco".

O el almirante que dijo: "El barco PUEBLO no necesita escolta en aguas de Corea del Norte. Los coreanos no se atreverán a tocarlo".

Y, finalmente, el hombre en la Casa Blanca que dijo a Johnson: "Señor presidente, ¿quiere oír algo gracioso?: Gene McCarthy ha ido a New Hampshire para participar en las elecciones primarias contra usted".

(Copyright 1968, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc., New York-Agencia Zardoya.)

ésta. Las actuales dificultades de Cuba provienen principalmente del hecho de que varias importantes inversiones no empezarán a dar sus frutos más que a partir de 1970: el plan ganadero, que se basa sobre la renovación genética del ganado en arriando, sólo permitirá aumentar fuertemente los sacrificios a partir de 1970. Para el plan lechero fue preciso crear una nueva raza vacuna (Zebu-Holstein), que en la actualidad se encuentra en la

fase de becerras; respecto al plan arrocero, ha habido que preparar 230.000 hectáreas de tierras de regadío y producir las semillas. A esto hay que añadir el plan tabaquero, el plan forrajero, sobre cientos de miles de hectáreas apenas desbrozadas, el plan cafetero (se requieren tres años antes de que los cafetales empiecen a producir) y los planes de formación de los técnicos necesarios, clave de todo el edificio. ■ M. B.

## MARY BELL, EN EL PAIS DE LAS MISERIAS

### A los once años, dos asesinatos



PARA EL FISCAL, LA PEQUEÑA ESTRANGULADORA NO ERA UNA ENFERMA: ERA UN SER DEMONIACO.

En el banquillo de los acusados del Tribunal de Newcastle-upon-Tyne, la pequeña Mary Flora Bell escucha la sentencia del juez, que la condena a cadena perpetua. Mary Flora tiene once años. Ha estrangulado a dos niños de tres y cuatro años. Tiene grandes ojos negros, atentos e inocentes. A cada audiencia acudía de la mano de un policia. Escuchaba con mucha atención los debates, y de vez en cuando se volvía sonriente a su madre y a su abuela, que estaban tras ella. Al oír la sentencia, Mary se echó a llorar: no comprendía. Frente a ella, su enemigo, el abogado de la corona mister Rudolph Lyons. Para él, Mary no es una pequeña criatura, es una pequeña bruja.

Mister Lyons es un hombre rechoncho, con gafas. Representa a la Gran Bretaña provinciana. A su juicio, el mal no es una enfermedad, es un pecado. El salario del pecado es el máximo. Afortunadamente para la pequeña Mary, hay algo más que la Gran Bretaña provinciana. Por encima de ella está Londres. Y en Londres no se quema a las brujitas, se es sensible a la opinión pública, no se deshonra a una muchachita encerrándola de por vida. La Gran Bretaña provinciana, apaciguada por la severidad, lo absurdo de la sentencia, puede dedicarse a las cosas serias. El Home Secretary, James Callaghan, hará transferir a Mary al centro de reeducación de Cumberlow Lodge, cerca de Londres, y dará a los parlamentarios laboristas la seguridad de que será atendida. Para Gran Bretaña, el mal, en una chiquilla de once años, es una enfermedad.

Encerrada ahora, lo ha estado, en realidad, desde su nacimiento. Para empezar, en Newcastle-upon-Tyne, una antigua ciudad minera convertida a la siderurgia y a las construcciones mecánicas. Una ciudad negra, en el Norte de Inglaterra, limitando con Escocia, aplastada aún bajo el horror de la revolución industrial inglesa. Humo, lluvia, niebla. Ladrillo negro. Alojamientos de ladrillo negro. Fábricas de ladrillo negro.

Los habitantes de Newcastle son silenciosos y duros. «Toman la brutalidad por virtud», ha dicho un periodista inglés. Son pobres y tristes. En el interior de Newcastle, la pequeña Mary está una vez más encerrada en Scotswood, el suburbio de mala fama de los parados, de los desasistidos. Las autoridades municipales admiten que allí vive «mala gente», que sería «imposible» integrarla en «barrios decentes»: «Se niegan a ser mejores», aseguran los responsables municipales.

Dentro de Scotswood, Mary se encuentra cercada por otro universo más restringido: su calle y su familia. El infierno de Dickens sigue existiendo. La familia de Mary es de esa «mala gente», según el parecer municipal. Su padre no trabaja; fue más o menos atendido por enfermedad mental. No suele parar en casa, está casi siempre con su amante. La madre de Mary es una mujer colérica, temida. Trabaja irregularmente, lejos de Newcastle. La mayor parte del tiempo vive con el hermano de su marido.

Este es el mundo de Mary Bell. Le queda poco espacio para vivir, pero le basta para defenderse, para crear su reino. Hay descampados en Scotswood.

# EN PUNTO

Hay, sobre todo, una casa en ruinas. Esa es la verdadera casa de Mary: va a ella cada vez que hace novillos. Sola. Algunas veces va con una amiga de trece años, Norma, que está fascinada por Mary. En esa casa, en ese refugio, Mary Bell estrangularía al pequeño Martin Brown, de cuatro años. En presencia de Norma.

Contra una ciudad fea y opresiva, contra los adultos, Mary se creó un dominio. Era libre y dichosa. Preparaba su comida. Los camaradas la adoraban. Una muchacha a la que le gustaba mandar —como muchas otras niñas— y que conocía ya el mundo porque contemplaba la televisión y sabía retener. Cuando fue interrogada a propósito de su segundo asesinato —el del pequeño Bryan, de tres años—, respondió al policía: «Voy a llamar a mis abogados y me sacarán de aquí». Y preguntó: «¿Hay micrófonos en esta habitación?». Esta prueba de madurez sería retendida contra ella en el proceso por mister Lyons. Esta habilidad de veterano reincidente es el aspecto menos inocente de Mary: es un reflejo de la televisión —la serie «El Santo», que seguía con pasión— tomada del mundo de los adultos.

Su primer asesinato fue una paloma. Norma estaba intrigada por la forma en que su amiga había llevado a cabo el hecho. Mary se lo explicó: lo copió de otra serie televisiva, «Los Apaches». He ahí un móvil profundo de Mary Bell y también de Norma: la curiosidad por la muerte, pareja a la curiosidad por la vida. La muerte, para Mary, no es una desdicha, es un enigma entre otros. Quiso mirar morir, como miraba vivir.

Norma sabe cómo se estrangula a un ser humano: oprimiendo fuertemente la nuez de Adán. Desafía a Mary. Y un día aparece en la casa abandonada el pequeño Martin Brown. Con-

fusamente, Mary siente que un muchacho es algo más serio que una paloma, y eso le hace a ella sentirse «alguien». No solamente es superior a sus compañeras, incluso puede ser tan fuerte como las personas mayores. Es su segundo móvil. De ahora en adelante, a través de los niños, tratará de alcanzar a los adultos, con los que quiere medirse o, quizá, de los que quiere vengarse.

Dos meses después, Mary y Norma encuentran al pequeño Bryan Nowe y se lo llevan a jugar a un descampado. Mary le convence para que le deje colocar las manos sobre su cuello. Le habla, le susurra, mientras sigue apretando. Apretando tanto que sus falanges se vuelven blancas. Norma le ayuda, tapando las narices del pequeño agonizante. Mary corta un mechón del cabello de Bryan y, con una cuchilla de afeitar, le lacera las nalgas y el bajo vientre. Mary y Norma no se deciden a alejarse del cadáver. Como si quisieran obtener aún alguna cosa, una última distracción, un último grito. Después, abandonaron a Bryan como un juguete roto.

Desde 1946, Gran Bretaña ha conocido veintiocho casos de niños convictos de asesinato. Ninguno ha ido a parar a los Tribunales. Pero Mary ha sido condenada. Mister Lyons ha tratado de demostrar que en ella había algo demoníaco, apoyándose en las aseveraciones teológicas de la Low Church, según las cuales el demonio puede habitar un cuerpo humano desde su nacimiento. El Tribunal de Newcastle-upon-Tyne ha exorcizado a Mary condenándola a cadena perpetua. No queda en ella más que la enferma. Podrá jugar en el césped de Cumberland Lodge, detrás de una red metálica. No es más que una chiquilla anormal, como las otras. ■ Informa-ción: FRANÇOIS CAVIGLIOLI.

## TEATRO

### 68, en títulos

Salvo error u omisión, cuarenta y siete estrenos y diez reposiciones constituyen el balance «numérico» del año teatral madrileño. En la cifra se incluyen los espectáculos del Nacional de Cámara y, como es lógico, se excluyen las revistas y las variedades.

De esos cuarenta y siete estrenos, diez corresponden a Alfonso Paso y tres a Joaquín Calvo Sotelo, este último en segundo lugar en la lista de fecundidad. Buero está presente con una reposición, «Historia de una escalera». Los otros estrenos son: Ruiz Iriarte, José María Pemán, Arturo Coca, Tejedor, Miguel Mihura, Alfonso Millán, Tono, Lauro Olmo... y Valle Inclán. En toda la lista «profesional» no hay un solo autor español nuevo.

Más aún: con mucho margen a su favor, la obra española más nueva y audaz del año es «Cara de Plata», de Valle Inclán, a pesar de lo muy discutible que resultó su puesta en escena.

De los autores llamados jóvenes, sólo dos nombres de representación opuesta: Alfonso Millán y Lauro Olmo. Los Gala, Muñoz, Rodríguez Buded, Rodríguez Méndez, etc., están ausentes. Y, también, Sastre, aunque este autor estuvo presente a través de su vinculación a dos espectáculos muy importantes.

1968 nos trajo a dos autores extranjeros fundamentales. El uno, Sartre, con notorio retraso; el otro, Peter Weiss, con algunos cortes. En cualquier caso, su presencia animó las jornadas más vivas de los teatros madrileños.



ALFONSO PASO  
DIEZ  
ESTRENOS  
DE CUARENTA  
Y SIETE.

## BUÑUEL PUNTUALIZA

«El ángel exterminador»  
y  
Bergamín



Luis Buñuel es hombre poco amigo de hacer declaraciones y, evidentemente, aún menos de desmentir las falsas interpretaciones de las pocas que a lo largo de su vida ha hecho. Por ello, cuando una frase ambigua, una información de cualquier tipo son recogidas o transmitidas inexactamente por los escasos periodistas que a él han tenido acceso, la cosa queda. Incluso pasa a formar parte del mito o, lo que es más grave, de las filmografías. Es lo que ha ocurrido con la atribución de la idea original de «El ángel exterminador», uno de sus films recientemente estrenados en Madrid, a José Bergamín. En cualquier ficha técnica del film, incluida la que proporciona la sala que en la actualidad proyecta el film, figura el nombre del escritor español. La realidad es otra.

En las semanas precedentes al rodaje de «Viridiana», Buñuel organizó, en un viejo café de Argüelles, una «peña» de la que formaban parte viejos amigos de su época madrileña y jóvenes relacionados con el cine en sus distintas vertientes. Bergamín, entonces en Madrid, era uno de los componentes. Y un día, con su hilito de voz, habló de una idea que se le había ocurrido y que, caso de llegar a realizarse, llevaría como título «Los naufragos de la calle de la Providencia». Buñuel quedó encantado sobre el título, concibió una idea inspirada por él y habló de ella a su guionista francés, Jean-Claude Carrière. Pasaron dos años, y al cabo de ellos fue Luis Alcoriza, colaborador

de Buñuel en varios de sus films mejicanos, quien desarrolló con él la idea, que sirvió de base a un «cinedrama» que llevaba el título propuesto por Bergamín, que nunca llegó a escribir ni novela ni obra teatral —que de ambas cosas se ha calificado al inexistente texto— con tal título. Al convertirse en película, el «cinedrama» pasó a llamarse «El ángel exterminador», pero Buñuel, de todas formas, envió una cantidad —doscientos dólares— a Bergamín por haber utilizado en un momento dado su idea y haber partido de ella para realizar su excepcional film.

Buñuel, que, como queda dicho más arriba, no es amigo de declaraciones ni desmentidos, contaba esto en el curso de una comida celebrada hace unos días en Madrid, por donde pasó de regreso a Méjico después de haber dejado totalmente listo su último film, «La voie lactée», en compañía de Basilio Martín Patino, Julián Marcos, Manolo Calvo y el firmante de estas líneas. Es un dato interesante, no sólo en sí mismo, sino por lo que supone de parte de Buñuel el, por una vez, desmentir formalmente, y con autorización de publicación, algo a él referente. El resto de su conversación, siempre llena de interés y apasionante, marcada por salidas de humor apabullantes, pertenece al dominio de lo privado. A un dominio al que el genial realizador de «L'âge d'or» desea reducir todas sus estancias en Madrid, donde se da un salto cada vez que sus viajes a Europa se lo permiten. ■ C. S. F.

El espectáculo Sartre —brevemente estrenado en Barcelona— estuvo varios meses entre nosotros; el «Marat-Sades», sólo tres días, en el Nacional de Cámara. Lógicamente, volverá, esta vez a un teatro comercial, durante el año 1969, refrendando ante un público más numeroso lo que la minoría le otorgó sin regateos en las tres triunfales jornadas del Nacional de Cámara. Sartre y Weiss son, en todo caso, los «dos nombres» del año teatral madrileño y supongo que español.

Ni «El rufián Castrucho», ni «Don Juan Tenorio», ni «Las mocedades del Cid» susupieron pasos adelante en la carrera de Miguel Narros, director del

Español y, sin duda, uno de los directores más preparados del país. En el María Guerrero alcanzamos a ver «Los bajos fondos», de Gorki, y «Mafiana te lo diré», de Saunders, la primera bajo la dirección de José Luis Alonso, la segunda con dirección de José Osuna. Se trata de dos títulos, por razones distintas, de interés. El primero tuvo, además, la significación de honrar el centenario de Gorki. El segundo me parece uno de los mejores trabajos del director Osuna.

Cerrado por reformas el María Guerrero durante la presente temporada, su ausencia de las carteleras se hace muy sensible, lo que es prueba tanto